

A PROPOSITO DEL ESTRENO EN ESPAÑA DE LA PELICULA

«EL CID»

Ha caído ya, a partir de su estreno, sobre esta comentada película, el peso de varios meses, lapso de tiempo en el que—cosa lógica—, se ha pesado y medido el valor documental, histórico y patriótico de la famosa cinta; todo ello, y el fondo quizá un poco vidrioso del asunto, nos mueve a ser muy parcos en nuestro comentario, al enjuiciar el acierto o error que la llevada de la vida de nuestro insigne Caudillo medieval al celuloide, al través de mentes extranjeras, puede representar.

Empecemos por confesar que a los burgaleses, en especial a los burgaleses viejos, no es posible nos guste la película. Faltan allí muchas cosas que debieran hallarse y, contrariamente, sobran otras que desdibujan o enmascaran la figura venerable de nuestro Cid, del Cid Campeador.

Imparciales en nuestro comentario, hemos de declarar que, en general, la película no fue mal recibida por la Prensa española, que, con casi unanimidad en el criterio, ha destacado el colosal esfuerzo y el caluroso homenaje que a España representa. Asimismo, la vemos enjuiciada como expresiva de una buena intención, ya que al través de sus secuencias, y quizá por vez primera en el cine extranjero, se alude a un algo español de valor innegable en nuestra Historia Patria, con comprensión y aún con respeto y cariño, tanto para la figura del héroe, como para la vida, sentires y ambiciones de aquella lejana España medieval.

Igualmente objetivos, no podemos ni queremos arrojar por la borda el cúmulo de añoranzas, matices y recuerdos, que la proyección de la película acusó en nuestro ánimo: ausencia lamentable de pasajes entrañables de la vida y leyenda del Cid; empequeñecimiento o contrafiguración de tipos sobre los que la Historia ha marcado su impronta, como la del rey de Castilla, Alfonso VI; el hacer salir al héroe, camino del destierro, como un oscuro arriero que tira del roncal de un vulgar caballejo, en lugar de marchar desde Vivar a Burgos rodeado de aquella brava hueste de los que

«comieron su pan», denodados guerreros, dispuestos a jugárselo todo siguiendo a su Señor; olvido inadmisible del emotivo y glorioso cenobio de San Pedro Cardeña, y tantas otras tachas, que el no querer ser largos nos hace quedar en el tintero y trazar punto final en esta breve glosa.

Pero la aparición en las pantallas de la famosa evocación cidiana, ha sido, por desgracia, motivo suficiente para excitar la fobia antiespañola de un gregario y bilioso escritor galo, Jean Rochereau, quien en la tribuna pseudo-católica del diario «Le Croix», ha arremetido de manera cerril y apasionada, contra la figura inmortal y a la vez tan humana del Señor de Vivar, hasta hacerle pasar, nada más pero tan poco nada menos, que como un vulgar «bandit de grand chemin», lo que, dicho en nuestro vulgar y glorioso romance, vale tanto como típico salteador de caminos. La ofensiva mentira, que aún se hace mayor cuando se parapeta tras la falsa tintura de un catolicismo interesado como el de que «Le Croix» quiere hacer gala, —tras la Cruz anda el diablo, ahora más que nunca—, ha suscitado un conjunto de valientes y autorizadas réplicas, dentro y fuera de Burgos, a partir de la inserta en el número de «Pueblo», de Madrid, correspondiente al 5 de Enero próximo pasado; réplicas que, en estricta justicia y defensa legítima, nos creemos obligados a traer a las páginas de este «Boletín». constante y valiente portavoz de todo noble empeño burgalés. Aquí podrán leerse, precisamente en el orden cronológico en que fueron saliendo, las autorizadas respuestas que plumas bien cortadas, han dado al desgraciado engendro mental de un resentido mordaz e inverecundo, pues aunque sea cierto el dicho secular de que no ofende el que quiere sino el que puede, no lo es menos el otro que se enuncia diciendo: «Calumnia, que algo queda»; a que no quede nada, aspiran los nobles alegatos que, en entera justicia y honda satisfacción, traemos hoy a nuestro «Boletín».

Manos, pues, a la obra.

SIN RODEOS

EL CID

Jean Rochereau acaba de escribir en el periódico francés «Le Croix», un artículo indecente sobre el Cid. Todo ello se le ha ocurrido a propósito del estreno de la película que lleva ese título. Pero en lugar de referirse a ella para enjuiciar los valores temáticos a interpretativos, la deja a un lado y arremete contra Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador. Parece que

le ha mortificado un poco al señor Rochereau, que los americanos hayan hecho una película respetuosa con uno de los personajes más célebres de nuestro medievo. En realidad, los americanos han hecho, en esta ocasión, algo más de una película respetuosa de nuestra Historia, puesto que resalta, principalmente, todos los aspectos admirables de la figura del Cid. Podrían haber utilizado otros episodios del largo recorrido del Cid, y habrían hecho, igualmente, una película respetuosa. Menéndez Pelayo, sobre los propios textos de los cidofobos, aclara, con ejemplar objetividad, que un héroe no puede ser como un personaje de «Flos Sanctorum». Pero el articulista francés asegura que es un bandolero y un condotiero. Parece claro que ya no se trata de inhabilitar a la España actual, aludiendo a sus orígenes y a su constitución. Ahora le ha tocado a Rodrigo Díaz de Vivar, un guerrero español del siglo XI. La figura del Cid ha sido, lógicamente, discutida en el plano de la investigación histórica. Pero lo que resulta claro es el origen de los detractores. Don Ramón Menéndez Pidal, nuestro gran erudito del Cid, ha pulverizado a todos los cidofobos, arrancándoles la máscara que encubría sus móviles, o señalando las inexactitudes, en aquellos otros, como Dozy, el orientalista holandés, que podría pasar como el más reposado entre todos ellos. «Entro de mala gana en ese examen—dice Don Ramón—porque repugno profundamente el papel de apologista, y al rebarir a Dozy y a Masdeu en sus afirmaciones, hechas con una manía de sistemática inculpación, tendré, quizá, que parecer un exculpador sistemático. Pero me resigno a correr ese riesgo, protestando, empero, de que está lejos de mí el querer renovar el proceso de canonización del Cid, incoado por Felipe II».

Es curioso que uno de los aspectos sobre el que historiadores tan dudosos se ensañan sobre el Cid, se refiera a que, con su condición de desterrado por el monarca, tome parte en guerras de variados motivos contra musulmanes o compatriotas. El Fuero Viejo de Castilla o las Partidas, reconocen al desterrado el derecho de hacer la guerra a su antiguo señor. Pero Rodrigo Díaz de Vivar no llegó hasta el límite que le autorizaba el derecho ¿En la época de los Derechos del Hombre, puede el General Salan, desterrado por De Gaulle, encontrar en la Constitución francesa licitud a su guerra contra su antiguo señor? Estos liberales, como el señor Rochereau, están llenos de contradicciones, y no solamente de inexactitudes históricas. El Cid que han llevado al cine los americanos, no nace exclusivamente del Romancero, sino de la Historia. No viene solamente a lomos de la exaltación popular, sino de los documentos incontrovertibles. Es cierto que está tratado por los americanos con más benignidad de lo que era corriente el comportamiento de un guerrero en aquel período, y que afectaba a todo el medievo de Europa. La película, sin embargo,

tiene una enseñanza oportuna, que arranca, ciertamente, de nuestro pasado y sirve para nuestro presente: la figura del Rey, su papel, y los derechos y responsabilidades del pueblo, encarnado en el héroe. «¡Qué buen vasallo si oviera buen señor!». O aquello otro de un castellano, dirigiéndose al Rey: «Cualquiera de nosotros vale tanto como vos, y todos juntos, más que vos».

Una buena parte de la noticia de aquel fabuloso personaje nos ha venido poéticamente. Cuando la leyenda y la historia tienen este refuerzo, no parece delicado extraer al héroe de esta mágica envoltura. Todavía menos por los franceses. Ocurre, sin embargo, que la investigación histórica ha hecho dos servicios eminentes: Probar la veracidad del romancero y espantar la siniestra avidez de los buitres echados sobre una figura universal española.

(De «Pueblo».—5 de Enero de 1962).

EL CID, PUESTO EN LA CRUZ

Desde siglos remotos, se viene diciendo en Castilla que detrás de la Cruz está el diablo. No parece sino que quien inventó ese adagio hubiera sido un profeta de los días bíblicos que, tan justamente, cronometró los días venideros. Porque tras «Le Croix» ha estado algunas veces el diablo. ¿Para qué recordar una época no lejana, que todos los católicos españoles llevamos en el corazón...? ¿Para qué recordar a Pío XI, que hubo de exorcizar con su Cruz a esa otra «Cruz»...?

«Le Croix», en su crítica cinematográfica, ha vuelto a ser no la Cruz de Nazaret, sino la de Gestas, el mal ladrón, y ha puesto en ella, clavándole con las puntas de su ignorancia, el pesimismo y la envidia, a aquel por quien somos honrados todos los castellanos, Don Rodrigo Díaz de Vivar, de quien dice el poema, y nosotros así lo sentimos:

«a todos alcança ondra por el que buen hora nasció»

Yo no he visto «El Cid», film gigantesco yanquí, ni me interesa en realidad. Creo lealmente que la cinta no va a añadirme ningún elemento nuevo, y para fe «histórica» cotidiana me basta con la historia, como a San Luis de Francia le sobró su fe eucarística, no queriendo ir a la iglesia, donde, a la elevación, se mostraba Cristo en persona. Los milagros—de milagro ha sido calificado «El Cid»—son para los que no creen, no para los que tenemos fe.

Cuando vea esa película, tal vez dé la razón al señor Rochereau, el crítico cineasta que lleva «El Cid» a «Le Croix», pensando, como él, que la creación de Anthony Mann nos presenta a Don Rodrigo como un honrado «sherif» de la inagotable cantera del Oeste. Tal vez me confirme en mi pensamiento de que Sofía Loren nunca podrá prepararse «sicológicamente» para interpretar con dignidad a Doña Jimena. Tal vez piense que ese es un Cid adulterado.

Pero no va por ahí mi comentario. Me centro solamente en esta frase, que parece el nervio y tesis del señor Rochereau, y que ha tenido la virtud de soliviantar no ya mi pacífica condición de monje castellano, sino la humilde contextura de hombre aficionado a la Historia, y, por supuesto, el orgullo de mi paisanaje cidiano: «Car «le Cid» fut cela — je prie qu'on m'en excuse, — un bandit de grand chemin». «Porque el Cid fue eso: —ruego que se me perdone— «un bandido de camino real»...

Sin rectificar, Rochereau, no se lo podemos perdonar. El Cid no fue un bandido, y, si lo fue... ya puede el señor Rochereau rasgar la historia de nuestra estimada Francia, desde Clodoveo hasta algunos conspicuos nombres de hoy, sin perdonar a Roldán, a San Luis y a Bayardo, «el caballero sin miedo y sin tacha», como le calificaron sus contrarios, precisamente españoles. No se puede pedir perdón y proferir a continuación tan grave injuria.

El Cid no fue un bandido, El señor Rochereau, que debe ser científico, ha de afincarse en la realidad escueta de la historia cidiana, cosa que, sospecho vehementemente, ni ha intentado siquiera. Ha de enmarcar a Don Rodrigo en el siglo XI, según las leyes y costumbres de Castilla, no de Utopía. El señor Rochereau, que vive hoy, debe ser hombre de hoy y, a la hora de proferir tamaña afirmación, ha de imponerse en los últimos adelantos científicos, conseguidos por hombres tan sesudos, ponderados e imparciales como Don Ramón Menéndez Pidal, que sabe del Cid bastante más que Charlton Heston y, desde luego, que el señor Rochereau...

«Bandido», es una palabra que, tanto en francés como en español, encierra un significado demasiado terrible. Ciertamente que el Cid no fue lo contrario, en pleno sentido, de un «bandido». A cada cual lo suyo. Felipe II —habrá que ver qué juicio le merece al señor Rochereau Don Felipe II— ordenó el proceso de canonización del Cid, pero los entendidos sonrieron... El Cid fue un hombre con rastros de pecado original, como todos, sin exceptuar al señor Rochereau... Pero sin llegar a «bandido», como pienso que tampoco ha llegado el señor Rochereau. El Cid fue un hombre que, por la grandeza de sus virtudes personales y el brillo de sus hazañas reales, se alzó sobre sus contemporáneos.

Además, conviene ser discreto y no revolverse la bilis y «lamentar

que los escenarios americanos no hayan desconfiado de la leyenda», porque también nosotros podemos lamentar que Rochereau no haya desconfiado de De Gaulle, por ejemplo... Discreto, digo, porque cuando se sabe algo «feo» de un amigo, lo mejor es silenciarlo, según manda el Evangelio, que culmina en la Cruz, «Le Croix», para el señor Rochereau.

Con sorprendente generosidad, los castellanos de hoy pretendemos ser amigos de todo el mundo, principalmente de Francia, cuyos innegables méritos y virtudes exaltamos ante los ignorantes, con un altruismo que algún día bendecirá Europa. Pero posturas como la del señor Rochereau son puñaladas traperas, según el expresivo modismo castellano. Nosotros queremos a Francia, pero exigimos a Francia que nos quiera con nuestra idiosincrasia, y con nuestros héroes, el primero de los cuales es Don Rodrigo Díaz de Vivar, que no fue un bandido, sino un caballero medieval, al que un Obispo francés, Don Jérôme, acompañó y bendijo en sus empresas. Desde siempre, los Obispos han supuesto mucho en «Le Croix».

Me alegra de que no viva Alvar Fáñez, pongo por caso, porque hubiera reaccionado, ante el insulto a su caudillo, de muy diversa manera, y el señor Rochereau acaso no guardara hoy íntegro su físico. Mientras el crítico francés lee la verdadera historia, sin detenerse mucho en las comedias de Corneille, yo rogaré a Dios para que todos seamos caballeros y podamos lidiar limpiamente las causas del señorío, de la dignidad y de la fe (muy propia de «Le Croix»), según los módulos cidianos que, por una extraña coincidencia, son idénticos a los de los legítimos héroes franceses...

FR. VALENTIN DE LA CRUZ, O. C. D.

(De «Diario de Burgos». de 6 de enero de 1962).

NO ME EXTRAÑA

Seguro que Jean Rochereau, cuando mandó a «Le Croix» su infeliz artículo sobre el Cid, no pensó que habría de tener tantos lectores en España, en esta España despreciada y ultrajada reiteradamente por su periódico. Puede estar satisfecho del éxito. ¿Ha leído Vd. lo de «Le Croix»? Me han hecho ya docenas de veces la misma pregunta.

También estoy seguro de que si un español, pongo por caso, hubiera vuelto a mellar la espada de Roldán, los franceses no se hubieran enterado.

No hay peligro de que tal suceda: español es el mejor especialista en lo que atañe a la Chanson de Roland y, ¡lo que son las cosas!, es el mismo autor que debería leer monsieur Rochereau, para enterarse de quién y cómo era el Cid, para iniciarse, precisamente, en esa historia cidiana, más grande y hermosa que toda leyenda. Y conste que no me pasa por el pensamiento hacer comparaciones entre Roland y Rodrigo Díaz de Vivar, porque éste no tuvo par en toda la Edad Media.

No me extraña este artículo tan viejo contra la memoria del Cid. Ni extrañará a cuantos hayan vivido algún tiempo en Francia, con los ojos abiertos. Recordaré siempre una encuesta que hizo la revista «Lettres», con este título: ¿Qué saben los franceses acerca de Alemania? A la infinidad de preguntas, un 90 por 100 de los consultados supo responder que los alemanes eran belicistas; nada de músicos, de científicos o de poetas; algunos estudiantes recordaron el nombre de un filósofo: Kant. Casi todos concluían con suficiencia caduca: No sé, ni me interesa saber, sobre Alemania. De esto hace unos años. Por aquellos días, Alemania concedía un préstamo en marcos al Gobierno francés.

¿Qué podíamos esperar de la cultura francesa relativa a temas españoles? Hay que hacer, ciertamente, la honrosa excepción de algunos hispanistas. La Prensa, gracias a Dios, se ocupa rara vez de nuestras cosas. Cuando no se trata de asuntos meramente políticos, enfocados a la luz de tópicos que han producido ya muchos francos, es fácil dar con las fuentes de información. España, tan próxima para el veraneo barato, está en las penumbras de la lejanía para la información periodística. Hay que recurrir a los diccionarios. Es interesante darse una vuelta por las salas de lectura de las grandes bibliotecas de París; siempre he comprobado que los diccionarios están deteriorados por el uso. ¿Qué viejo diccionario utilizará Rochereau?

Es fama que la literatura francesa ha empaquetado bien los productos extranjeros. Sin embargo, hace ya mucho que ha puesto el veto a los españoles. Son demasiados los que piensan sinceramente que al Sur de los Pirineos no puede haber cosa que merezca la pena. ¿Por qué? Sería complicada la respuesta. En una ocasión, tuve que acudir a la Prefectura de policía para renovar mi pasaporte. Varias horas de pie en la «cola», al sol de Agosto, me pusieron al tanto de algunas cosas que me abstengo de relatar. Cuando, por fin, pude hablar con un alto funcionario, que, por cierto, solía veranear en España, y le manifesté mi extrañeza por el trato que recibían las pobres chicas españolas que llegaban a París en busca de trabajo, se disculpó: «No hay manera de entenderlas, no saben francés». ¿No cree Vd., le dije, que en las oficinas debería haber alguien que hablara castellano? Hizo un gesto de asombro y añadió: ¿Para qué?

Sería inútil tratar de dar ahora una lección de historia cídiana a monsieur Rochereau. ¿Para qué? El tiene sus diccionarios y Menéndez Pidal es español. Pero con diccionario o sin él, forzosamente ha de estar incómodo una temporada, por el hecho de que alguien, sin ser español, no piense del Cid a la manera francesa. ¡Qué le vamos a hacer!

Para mí, el artículo de Rochereau es normal. Entra perfectamente dentro de los cuadros en que ya tradicionalmente se encaja lo nuestro. No me extraña. Pero me da un poco de pena que hasta los americanos, de quienes ellos saben hacer tanta guasa, les lleven la delantera, no sólo en cuestiones de cohetes, sino también en honradez histórica.

NICOLAS LOPEZ MARTINEZ

(De «Diario de Burgos», de 7 de Enero de 1962).

POR LOS FUEROS DE LA VERDAD

Carta abierta a Jean Rochereau, redactor de «Le Croix»

Muy señor mío:

Su artículo «Le Cid», aparecido en el número de «Le Croix» del 26-27 de Diciembre último, a propósito del estreno del film del mismo título, me dejó estupefacto, a la vez que profundamente indignado.

Ya es hora que ponga Vd. más al día su concepto del Cid. Hace más de un siglo que el holandés Dozy dió a la luz su colección de estudios sobre el Campeador. Ciertamente, que la documentada obra de Dozy y su cidofobia, alimentada en fuentes árabes, siguió influyendo en todo el siglo XIX y hasta principios de la centuria actual. Pero nadie de buena fe puede ya poner en tela de juicio la verdadera figura histórica de Rodrigo Díaz de Vivar, tras la concienzuda elaboración de nuestro historiador Don Ramón Menéndez Pidal, cuya primera edición de su «España del Cid» se editó en 1929.

Sí, señor Rochereau, el Cid no fue «un bandido del camino real», ni «un condottiere», ni un traidor a su patria, ni un criminal sanguinario.

Nuestro «Cantar del Mío Cid» y, en general, nuestra épica, tiene un fondo de mayor historicidad y realismo que las «chansons de gente francesas». Y, como han demostrado nuestros críticos, nuestra epopeya no dista mucho de la historia. Aún más, la vida del Cid posee un alto valor de ejemplaridad, y sus virtudes humanas, su religiosidad, su nobleza, su clemencia con los vencidos, todo ello ciertamente, en un ambiente medieval, han hecho de él la personificación del caballero cristiano de su época, un verdadero Quijote del siglo XI.

Y aunque alguno que otro punto discutido, presente en nuestro Cid rasgos menos ejemplares—pues le tenemos como un héroe humano, al estilo de Carlomagno, no un santo canonizable—, no es cristiano hacer resaltar estos detalles, para señalar al caudillo español como un malvado digno del olvido. Todavía nuestra historia patria puede aportar abundante temática para guiones cinematográficos llenos de contenido espiritualista, como el presente film del Campeador. Ojalá los productores franceses siguieran este ejemplo de los de Hollywood, al fijarse en temas como éste, que moralizarían en gran manera el cine actual, tan carente de altura.

Pero su artículo, señor Rochereau peca, sobre todo, de inoportunismo. Muchas voces, entre ellas la del Papa, están clamando en favor de una confraternidad universal y por la supresión de las fronteras ideológicas, semillero de los conflictos armados. La hermandad hispano-francesa es un ideal que muchos hombres de buena voluntad de aquende y allende los Pirineos acariciamos en nuestra mente y va convirtiéndose, a Dios gracias, en hermosa realidad. Lástima que, precisamente, seamos a veces los mismos que tenemos ya el lazo común del nuevo credo, los que no terminamos por superar cerrados nacionalismos trasnochados. Ha tocado usted una fibra muy sensible de nuestra Historia. Ciertamente, le disgustaría que en España se desfigurara la figura de Santa Juana de Arco, San Luis, Carlomagno, Napoleón. Los historiadores tenemos la consigna de dar a conocer los hechos pasados, con un criterio de comprensión mutua entre los pueblos, destacando lo que sirva para este fin y silenciando o disculpando lo que pudiera fomentar el odio o la antipatía entre las naciones tradicionalmente enemistadas, y nunca hiriéndolas con el desprecio o desconocimiento, no siempre disculpable, de sus mayores glorias nacionales.

JOSE PEREZ CARMONA

Profesor del Seminario

(De «Diario de Burgos» de 9 de Enero de 1962).

EL CID DE CASTILLA Y EL CID DE "LE CROIX"

La película «El Cid», ha dado al crítico francés Jean Rochereau la lamentable oportunidad para formular juicios de violenta procacidad, con manifiesto desconocimiento del ambiente español del siglo XI, y con villana agresividad hacia un héroe, que es el nuestro, consagrado por universal admiración.

El periodista galo, a vuelta de giros cortesés, tan afectados como ridículos, escarnece torpemente la personalidad del Campeador, al caracterizarla como un bandido de camino real, salteador de todos los rincones españoles, aliado en papel de condotiero de los reyes moros, dominadores de España, frente a los Reyes de Aragón y Condes de Barcelona, y ejecutor despiadado de crueles venganzas en los moros valencianos.

La vieja historia. Ni siquiera remozada con un aliento de brava originalidad. Desmandado en sus insolencias, acepta con fruición, por lo que tienen de ofensivos, los conceptos del historiador Masdeu, del orientalista Dozy, y los calificativos del poeta Quintana, trasnochados y resecos ya de su sustancia venenosa, al cabo de siglo y medio, y que él intenta renovar con crecida dosis de encono, incomprensión e ignorancia.

Su desconocimiento de nuestra legislación medieval, le hace incomprendible el derecho de noble desterrado, para hacer la guerra a su Señor, ejercitado por el Cid al asolar la Rioja gobernada por su enemigo personal el Conde García Ordóñez, favorito del Rey, en respuesta de la incursión de Alfonso VI por tierras de Valencia, en 1092.

El vacilante señorío de los régulos de Taífax, reyes moros españoles, degenerados políticamente en la segunda mitad del siglo XI, acentuó en los Estados cristados las aspiraciones expansionistas y las apetencias de parías, cobradas a base de protectorados sobre los pequeños reinos musulmanes, que ya giraban, en inminencia de ser absorbidos, en la órbita de las monarquías del Norte de España. El Rey Fernando de Castilla, impuso un protectorado sobre el reino moro de Aragón y, ahora, Rodrigo Díaz de Vivar lo continuaba, de hecho, con Almoctadir de Zaragoza, en lucha con el Rey de Lérida, apoyado éste por el Monarca de Aragón y el Conde de Barcelona. Y es una deformación histórica inaceptable el suponer que el Cid luchó contra los reyes cristianos, invalidando el esfuerzo de éstos en la reconquista nacional.

Estos reyezuelos moros, débiles e impotentes para esquivar infaustos destinos, apelaron a las hordas almorávides de Africa que, densas y estruendosas, se volcaron sobre las tierras de España, y este es el momento

de la plenitud heroica de Rodrigo, que, aislado y erguido en un plano victorioso, contempla el panorama nacional atormentado por tremendos desastres de las armas cristianas y en peligro de quedar arrollado y sumergido en la marea almorávide.

Su conquista de Valencia (1094) contuvo el alud islámico y, en flamear de banderas, se embotaron ante sus muros los mejores ejércitos africanos, aniquilados por la clarividencia y esfuerzo de su corazón y de su brazo, en una apoteosis triunfal, que dió sobrehumanas dimensiones a tan gloriosas empresas.

Este es el Cid castellano, configurado genialmente por Menéndez Pidal, con base documental exhaustiva y con limpia veracidad, escrupulosamente contrastada en las crónicas históricas.

Entrañable por su grandeza moral y dimensión heroica, el alma nacional se identifica con las virtudes y cualidades que el guerrero burgalés siempre ostentó: devoción a su Patria, «la Castilla gentil», fidelidad a su Rey, y desinteresada generosidad con los prisioneros cristianos, devueltos a la libertad sin rescate.

Y, no obstante los lunares que empañan a toda condición humana, cristalizados en errores políticos cometidos con la prisión y muerte en hoguera de Ben Yehhaf, de Valencia, por otra parte sancionada por la terrible penalidad de la época, hay que reconocer que el espíritu justiciero del Cid, confirmado por el historiador moro Ben Alcama, caló en la hondura del musulmán valenciano, favorablemente impresionado por las órdenes de tapiar las ventanas de las torres que daban al interior de la ciudad, para eliminar curiosas miradas sobre la recatada intimidad de los hogares vencidos, disposiciones que matizaban la finura del sentimiento cidiano, saturado de solicitud y ternura en el seno familiar. «Yo no me aparto con mujeres a beber y a cantar, como hacen vuestros señores».

El Cid, arquetipo de perfección caballeresca, es un eterno inspirador de poesía, como lo es, por lo visto, de oscuros y plebeyos resentimientos, del tipo de aquel judío que, en venganza al Cid muerto, tiró violentamente de las barbas del cadáver, en su tumba de San Pedro de Cardeña; ultraje a su memoria, renovado en nuestros días con innobles dicitos del redactor de «Le Croix», ajeno, en su ruidosa cidofobia, a la penosa impresión de la muerte del Cid, recogida en el cronicón del Monasterio francés de Maillezais: «En España, dentro de Valencia, falleció el Conde Rodrigo, y su muerte causó el más grave duelo de la Cristiandad y gozo grande entre los enemigos musulmanes».

TEOFILO LOPEZ MATA

Cronista de la Ciudad y Provincia

(De «Diario de Burgos», de 10 de Enero de 1962).

LOS CRISTIANOS DE HOY Y EL CID

No este lugar, ni somos la persona llamada a demostrar que la figura de Don Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador, fue de una talla inconmensurable, que anuló a los hombres de su época y a los mismos reyes a los que sirvió.

Pero nos creemos obligados a tocar el tema del Cid, no sólo por burgalesismo, sino por nuestra condición de cristianos.

Es lamentable que la proyección de la película «El Cid», haya servido para que un escritor francés, suponemos que cristiano, por escribir en «Le Croix», haya dejado salir al exterior unos odios, unos rencores, un afán de calumniar, totalmente injustificado, fuera de lugar y contrarios a su fe de cristiano.

El Cid es nuestro héroe nacional de la Edad Media, es el símbolo y la cristalización de las virtudes de un pueblo, y nadie, como no sea guiado por envidias, odios y resentimientos, puede atacarle y censurarle; el que lo hace falta a los principios más elementales de educación y de caridad, como faltaríamos nosotros a esas mismas normas de ética moral si injuriásemos y desprestigiásemos a los héroes franceses, llámense Carlo Magno, Juana de Arco, Napoleón, etc., etc., aunque algunos de ellos, en su época, nos causasen graves daños y perjuicios.

Han pasado los tiempos de las disputas territoriales, políticas, económicas y filosóficas, entre Francia y España; estas dos naciones, como el resto de las de este lado del telón de acero, tienen muchas cosas comunes que defender contra otros enemigos; más que hacer reverdecer viejas disputas y destructoras injurias, ofensas y calumnias, deben trabajar por la unión, representada en la fe cristiana, comunmente practicada y vivida, y hacer que franceses y españoles, alemanes e ingleses, italianos y austriacos, en una palabra, europeos todos del Occidente, nos coloquemos como un solo hombre, sin reservas y sin intereses particularistas, al lado del Campeón de la Cristiandad y de la Paz, ese venerable anciano que, desde la Cátedra de San Pedro, símbolo de la unión, sale al paso de los nuevos soldados de Atila, brindándoles la Paz y la Caridad, previa petición de Paz y Concordia entre los hombres y los pueblos de buena voluntad, que en estos días han festejado la venida del Redentor del Mundo.

MATIAS ALVAREZ MERINO